



Revista Conflicto Social - Año 10 N° 18 - Julio a Diciembre de 2017

## La teoría de la revolución permanente en perspectiva.

The theory of permanent revolution in perspective.

Christian Castillo \*

*Recibido: 1° de noviembre de 2017*

*Aceptado: 11 de diciembre de 2017*

**Resumen:** Este trabajo explora el desarrollo del concepto de “revolución permanente” en la tradición marxista. Luego de su utilización por Marx en las revoluciones de 1848-1850, fue reintroducida a comienzos del siglo XX en los debates sobre el carácter de la revolución rusa. Fue León Trotsky quien dio la fundamentación más acabada y original de esta teoría, planteada primero en 1905 para el caso ruso y luego en 1928-1919 en forma generalizada y ampliada. También recurrimos a los escritos de Trotsky para refutar las críticas a la teoría marxista de las revoluciones realizadas por Theda Skocpol. Finalmente contrastamos la teoría de la revolución permanente con la dinámica de las revoluciones de la segunda posguerra mundial y analizamos su vigencia para el siglo XXI.

**Palabras clave:**

Revolución, Marxismo, Proletariado, Socialismo, Trotskismo.

**Abstract:**

This paper explores the development of the concept of "permanent revolution" in the Marxist tradition. After its use by Marx in the revolutions of 1848-1850, it was reintroduced at the beginning of the 20th century into debates about the character of the Russian revolution. It was Leon Trotsky who gave the most complete and original foundation of this theory, raised first in 1905 for the Russian case and then in 1928-1919 in a generalized and expanded form. We also turn to Trotsky's writings to refute criticisms of the Marxist theory of revolutions made by Theda Skocpol. Finally, we contrasted the theory of permanent revolution with the dynamics of the revolutions of the second postwar world and analyzed its validity for the 21st century.

**Keywords:**

Revolution, Marxism, Proletariat, Socialism, Trotskyism.

\* Universidad Nacional de Buenos Aires/Universidad Nacional de La Plata – Argentina.  
Correo electrónico: [chcastillo2002@yahoo.com.ar](mailto:chcastillo2002@yahoo.com.ar)

## Introducción

El concepto de “revolución permanente” ha recorrido toda la historia del marxismo. En ocasiones Marx lo emplea para dar cuenta del proceso revolucionario francés entre 1789-1794, como un rasgo característico de la revolución burguesa que se desplazaba progresivamente de derecha a izquierda hasta el golpe de Termidor.<sup>1</sup> También lo emplea durante las revoluciones de 1848, tanto para caracterizar en *Las luchas de clases en Francia* las tendencias a sobrepasar el límite democrático por el proletariado revolucionario de París, como para plantear la actitud que debería tener el proletariado alemán hacia la democracia pequeñoburguesa. Esto último se encuentra expresado con claridad en el texto conocido como *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* de marzo de 1850. Allí señala, previendo una nueva ola revolucionaria que no tuvo lugar:

Mientras que los pequeño-burgueses democráticos quieren terminar rápidamente la revolución (...) es nuestro interés y nuestro deber de hacer la revolución permanente, hasta que todas las clases más o menos poseedoras hayan sido expulsadas del poder, que el proletariado haya conquistado el poder público en los principales países del mundo y concentrado en sus manos las fuerzas productivas decisivas.<sup>2</sup>

Después de detallar cuál debía ser la actitud del proletariado y el programa a levantar frente a los demócratas pequeñoburgueses, Marx culmina el texto planteando que aunque en Alemania los obreros aún no podían alcanzar el poder sin pasar por un prolongado desarrollo revolucionario,

---

1 Ver Löwy, Michael; *Marx y la Revolución Francesa: la “poesía del pasado”*, en Viento Sur, disponible en <http://vientosur.info/spip.php?article13124>

2 Marx, Karl; *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, disponible en <http://www.ceip.org.ar/Mensaje-del-Comite-Central-a-la-Liga-de-los-Comunistas>





pueden por lo menos tener la seguridad de que esta vez el primer acto del drama revolucionario que se avecina coincidirá con el triunfo directo de su propia clase en Francia, lo cual contribuirá a acelerarlo considerablemente”. Pero, lejos de proponer cualquier tipo de espera pasiva, plantea que “la máxima aportación a la victoria final la harán los propios obreros alemanes cobrando conciencia de sus intereses de clase, ocupando cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeñoburgueses los aparten un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido del proletariado. Su grito de guerra debe ser: la revolución permanente.<sup>3</sup>

Si bien el concepto de “revolución permanente” estuvo tangencialmente presente en el llamado “debate Bernstein”<sup>4</sup> va a volver a la palestra de la teoría marxista en las discusiones abiertas a comienzos del siglo XX en relación al carácter que tendría la revolución rusa. Como han mostrado Richard Day y Daniel Gaido en *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*,<sup>5</sup> el concepto está presente no solo en los trabajos de Trotsky

3 Marx, Karl; Ídem

4 Daniel Gaido señala que en su libro *Las precondiciones del socialismo y la tareas de la socialdemocracia* (1899), “Bernstein critica, en un apartado significativamente titulado ‘Las trampas del método dialéctico-hegeliano’ a ‘las circulares del marzo y junio de 1850’ que ‘proclamaban la ‘revolución permanente’ como la política del proletariado revolucionario’, describiendo esta política como un vestigio de putschismo blanquista. En su opinión, el ‘terrorismo proletario’ tendría consecuencias meramente destructivas desde el primer día en que fuera ‘puesto en acción contra la democracia burguesa’ y, por lo tanto sus efectos serían ‘política y económicamente reaccionarios’. Bernstein contrapone una política de reformas graduales, obtenidas a través del parlamento y de los sindicatos, a lo que denomina ‘la sobreestimación del poder creativo de la violencia revolucionaria para la transformación socialista de la sociedad moderna’, cuyo origen atribuye a la influencia de ‘la dialéctica hegeliana de las contradicciones’ sobre Marx y Engels. Esta acusación fue refutada por Franz Mehring (...) quien indicó que, cuando la revolución estalló en marzo de 1848, Marx y Engels esperaban que se abriera un ciclo revolucionario que duraría décadas, como sucedió durante la revolución inglesa del siglo XVII y la francesa del siglo XVIII. ‘Pero [dice Mehring] muy pronto se volvió evidente que la burguesía alemana difería de la inglesa y de la francesa en un punto esencial: en el hecho de que, por su temor ante la clase obrera incomparablemente más desarrollada del siglo XIX, estaba dispuesta en todo momento a poner fin a la revolución, aun al precio de hacer vergonzosas concesiones al absolutismo y al feudalismo. De esto resultaba un cambio en la táctica de la clase obrera, y ya en marzo de 1849 Marx y sus simpatizantes más cercanos se retiraron de los comités de distrito democráticos en Colonia, porque, ante las debilidades y traiciones de la burguesía, se hacía necesaria una unión más estrecha de las asociaciones obreras entre sí [...] Subsecuentemente la lastimosa cobardía de la burguesía alemana se volvió aún más evidente, y así se explica la circular de marzo de 1850 con sus instrucciones detalladas sobre cómo, ante el inminente recrudecimiento de la revolución, los comunistas tenían que hacer uso de todos los medios para hacer ‘permanente’ la revolución’. Cuando la mejora en las condiciones económicas condujo a un reflujo de la ola revolucionaria en el otoño de 1850, Marx y Engels “prefirieron aceptar la disolución de la Liga de los Comunistas antes que ceder ante el putschismo blanquista, es decir ante la verdadera ‘creencia milagrosa en el poder creativo de la violencia’ que Bernstein había atribuido a Marx. En un artículo escrito durante la revolución de 1905 y publicado en ruso en Nachalo, el periódico editado por Trotsky y Parvus, Mehring afirmó que la nueva táctica adoptada por Marx y Engels en marzo de 1850 era perfectamente aplicable a las condiciones rusas, alegando que ‘es precisamente mediante la revolución permanente que la clase obrera rusa debe responder al clamor burgués por ‘paz a cualquier precio’ con la autocracia zarista’”. Gaido, D. (2010); “Los orígenes de la teoría de la revolución permanente: Nueva evidencia documental”, en *Herramienta* N° 7, disponible en <http://www.herramienta.com.ar/autores/gaido-daniel-fernando>.

5 Day, R. y Gaido, D. (2009); *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, Brill.

(particularmente en *Resultados y Perspectivas*, de 1906) sino que puede encontrarse en artículos y folletos de Riazanov, Parvus, Kautsky y Rosa Luxemburgo (y aún de Martov). Si bien las primeras menciones son de textos previos a la revolución rusa de 1905, con esta el debate se vuelve más intenso, al calor de las diferencias de orientación que se producen entre mencheviques, bolcheviques y el mismo Trotsky, en primer lugar en lo que hace al papel de la burguesía liberal en lucha por terminar con el régimen de la autocracia y en cuál debía ser la política del proletariado en esta lucha contra el zarismo y hacia el campesinado. Pero, independientemente de que Trotsky no fue el único en utilizar el concepto <sup>6</sup> y en prever que el proletariado, por la debilidad y cobardía de la burguesía liberal, sería quien debería dirigir la lucha revolucionaria contra el zarismo, fue quien fundamentó esta perspectiva con mayor claridad y originalidad y sacó conclusiones más consecuentemente revolucionarias de esta caracterización.

La experiencia de la revolución de 1905, en la que Trotsky con apenas 26 años fue presidente del Soviet de Petrogrado, reforzó su convicción de que la burguesía liberal rusa no jugaría ningún papel revolucionario respecto del derrocamiento del zarismo, cuestión que compartía con Lenin y diferenciaba a ambos de los mencheviques. La especificidad del desarrollo capitalista en Rusia había creado la particularidad de un proletariado relativamente más fuerte que la burguesía local, restringida por el dominio del absolutismo en su posibilidad de desarrollo. El proletariado, aunque minoritario respecto del campesinado, se había desarrollado junto con la industria producto de la acción mancomunada del capital extranjero y del estado, y estaba altamente concentrado en las ciudades que movían los hilos económicos y políticos del país. La revolución de 1905 había corroborado que el proletariado ruso podía jugar ese rol dirigente en la lucha contra el zarismo. El estallido de una nueva revolución rusa, vaticinaba Trotsky, vería repetirse esta mecánica. Pero, y en

---

6 El propio Trotsky reconoce la influencia de Parvus (que prologa su folleto *Antes del 9 de enero*) en forjar su punto de vista. En el caso de Kautsky pueden verse las referencias explícitas de Trotsky a su obra en *Resultados y Perspectivas* y la evidencia documental presentada en el libro ya citado de Day y Gaido.





esto difería de Lenin y los bolcheviques que planteaban la lucha por una “dictadura democrática de obreros y campesinos”, la clase obrera, armada y dirigiendo la revolución, no se detendría en la puerta de la propiedad privada sino que para imponer sus reivindicaciones avanzaría despóticamente sobre la misma. La revolución democrática transcrecería en revolución socialista y Rusia podría transformarse en el primer país donde obreros y campesinos se hicieran del poder, dando impulso al desarrollo revolucionario en toda Europa, particularmente en Alemania. Aunque, alertaba, había que ver el rol que jugaría la socialdemocracia alemana, considerada entonces la mayor conquista de la clase obrera mundial: un partido formado en la propaganda podía transformarse en un obstáculo conservador para llevar al proletariado alemán a la victoria por vía revolucionaria.

Más tarde, en su monumental *Historia de la Revolución Rusa*, Trotsky generalizaría el punto de vista que le permitió realizar este análisis, la denominada “ley del desarrollo desigual y combinado”:

Las leyes de la historia no tienen nada de común con el esquematismo pedantesco. El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que la patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados vense obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas. Sin acudir a esta ley, enfocada, naturalmente, en la integridad de su contenido material, sería imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado, cualquiera que sea su grado.<sup>7</sup>

En *Resultados y perspectivas*, en las antípodas de toda visión economicista, afirmaba:

<sup>7</sup> Trotsky, L. (2017); *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo I, p. 23, Ediciones IPS, Buenos Aires.



El proletariado crece y se fortalece con el crecimiento del capitalismo. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es equivalente al desarrollo del proletariado hacia la dictadura. Pero el día y la hora en que el poder ha de pasar a manos de la clase obrera no dependen directamente de la situación de las fuerzas productivas sino de las condiciones de la lucha de clases, de la situación internacional y, finalmente, de una serie de elementos subjetivos: tradición, iniciativa, disposición para el combate...

Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista evolucionado. En 1871, se hizo cargo conscientemente de la dirección de los asuntos públicos en el París pequeñoburgués, aunque sólo por un período de dos meses; pero ni por una sola hora tomó el poder en los grandes centros capitalistas de Inglaterra o de los Estados Unidos. La idea que la dictadura proletaria depende en algún modo automáticamente de las fuerzas y medios técnicos de un país, es un prejuicio de un materialismo 'económico' simplificado hasta el extremo. Tal concepto no tiene nada en común con el marxismo. En nuestra opinión la revolución rusa creará las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y, en el caso de una victoria de la revolución, así tiene que ser) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de hacer un despliegue completo de su genio político. <sup>8</sup>

En 1939, en un texto publicado con el título de Tres concepciones sobre la revolución rusa, sintetizaría su posición en el debate abierto en la socialdemocracia rusa de la siguiente manera:

La perspectiva de la revolución permanente puede resumirse en estas palabras: la victoria total de la revolución democrática en Rusia es inconcebible de otra manera que a través de la dictadura del proletariado apoyada en el campesinado. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondrá a la orden del día no sólo tareas democráticas sino también socialistas, dará al mismo tiempo un poderoso impulso a la revolución socialista internacional. Sólo el triunfo del proletariado en Occidente evitará la restauración burguesa y permitirá construir el socialismo hasta sus últimas consecuencias. <sup>9</sup>

8 Trotsky, L. (2000); Resultados y Perspectivas, en *La teoría de la revolución permanente* (compilación), p. 86, CEIP León Trotsky, Buenos Aires.

9 Trotsky, L. (2000); Op. cit., p. 176.





Todavía hoy resulta impactante la precisión de un pronóstico político, que años después se vería materializado con la victoria del proletariado revolucionario en octubre de 1917.

### La reformulación y ampliación de la teoría de la revolución permanente

Al menos que sepamos nosotros, no contamos con testimonios directos de Lenin respecto a dar la razón a Trotsky en lo que hace al debate que los había enfrentado previamente al estallido de la revolución de febrero de 1917. Sin embargo, conocemos lo señalado por Adolph Joffe en la carta conmovedora que dirige a Trotsky en la que expone los motivos de su decisión de suicidarse, estando gravemente enfermo y con el objetivo de golpear políticamente al partido frente al ascenso del stalinismo:

Usted ha tenido siempre razón políticamente, desde 1905, y repetidas veces le dije a usted que le había oído reconocer a Lenin, por mis propios oídos, que en aquel año no era él, sino usted, quien tenía razón. A la hora de la muerte no se miente, por eso quiero repetírselo a usted una vez más en esta ocasión (...).<sup>10</sup>

Trotsky, por su parte, señalaba en uno de los textos antes mencionados, balanceando lo ocurrido con su teoría a la luz de la experiencia de 1917:

En política no se puede pretender pronósticos tan exactos como en astronomía. Es suficiente si indican correctamente la línea general de desarrollo y ayudan a orientarse en el curso real de los acontecimientos, cuya línea básica oscila inevitablemente a derecha o izquierda. En este sentido es imposible no reconocer que la concepción de la revolución permanente ha pasado bien el examen de la historia. Durante los primeros años del régimen soviético nadie la negó expresamente; por el contrario, se la aceptaba en cantidad de publicaciones oficiales. Pero, cuando la reacción burocrática contra Octubre se abrió paso en la pasiva y osificada cúpula de la sociedad soviética, desde un comienzo atacó esta teoría. Es que ella reflejaba más acabadamente que ninguna otra la primera revolución proletaria de la historia y a la vez el carácter incompleto, limitado y parcial de ésta. Así, por oposición, se originó la teoría del socialismo en un solo país, el dogma básico del stalinismo.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> La carta de Joffe a Trotsky puede consultarse en <https://www.aporrea.org/internacionales/a164343.html>

<sup>11</sup> Trotsky, L. *Tres concepciones sobre la revolución rusa*, p. 177, Op.Cit.

En los hechos, es claro que las *Tesis de Abril* reorientaron al Partido Bolchevique luego de la errática política que había tenido tras la caída del zarismo, lo que permitió que jugara el papel dirigente que tuvo en Octubre. Recordemos que durante marzo de 1917 Pravda, bajo la conducción de Stalin y Kamenev, había tenido una línea conciliadora hacia el Gobierno Provisional encabezado por el príncipe Lvov y hegemonizado por el partido de la burguesía liberal, los “kadetes”, guiada por el principio “apoyar lo bueno y criticar lo malo”. Stalin incluso se había manifestado de acuerdo con avanzar en un proceso de unificación con los mencheviques.

Lenin en *Las tareas del proletariado en la presente revolución* (título de las *Tesis de Abril*) entre otras cuestiones decía:

- Ningún apoyo al Gobierno Provisional; explicar la completa falsedad de todas sus promesas, sobre todo de la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a este gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de propugnar la inadmisible e ilusoria ‘exigencia de que deje de ser imperialista.
- Explicar a las masas que los Soviets de diputados obreros son la única forma posible de gobierno revolucionario y que, por ello, mientras este gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión sólo puede consistir en explicar los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas.<sup>12</sup>

Es comprensible por qué Vladimir Ilich tuvo que enfrentar importantes resistencias para aplicar esta orientación, que era tildada de “trotskismo” por sus opositores.

Con la enfermedad de Lenin, y más aún luego de su muerte, la “troika” que entonces conducía el Buró Político (Stalin, Zinoviev y Kamenev) desempolvó los debates previos a Octubre para tratar de desacreditar a Trotsky y las críticas que había formulado la “Oposición de Izquierda” de 1923. En el ínterin, ni Trotsky ni el resto de los dirigentes del nuevo estado soviético

12 Lenin, V. I.; *Las tareas del proletariado en la presente revolución (Tesis de Abril)*, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/abril.htm>







habían generalizado teórica y programáticamente la experiencia rusa para el conjunto de los países de desarrollo burgués retrasado, semi coloniales y coloniales. Esto se expresa, por ejemplo, en las llamadas “Tesis sobre Oriente” votadas en el IV Congreso de la Internacional Comunista, donde se plantea la táctica del “frente único antimperialista”. Si bien en estas tesis se señala que *“las clases dirigentes de los países coloniales y semicoloniales no tienen ni capacidad ni el deseo de dirigir la lucha contra el imperialismo a medida que esta lucha se transforma en un movimiento revolucionario de masas”* queda indeterminada la relación que deben tener los comunistas de estos países con los movimientos nacionalistas con dirección burguesa o pequeñoburguesa que enfrentan la dominación colonial y/o imperialista:

Los partidos comunistas de los países coloniales y semicoloniales de oriente, que se hallan todavía en un estado más o menos embrionario, deben participar en todo movimiento que les sirva para abrirles una vía de acceso a las masas. Pero deben llevar a cabo una lucha enérgica contra los prejuicios patriarco-corporativos y contra la influencia burguesa en las organizaciones obreras para defender esas formas embrionarias de organizaciones profesionales en órganos combativos de las masas.<sup>13</sup>

Solo después de la experiencia de la derrota de la revolución china de 1925-1927, en debate con dirigentes de la Oposición Conjunta que estaban en pleno proceso de capitulación al stalinismo, como Karl Radek y Yevgueni Preobrazhenski, luego del viraje de Stalin a la “lucha contra el kulak” y la industrialización acelerada, Trotsky generalizaría y ampliaría los alcances de la teoría de la revolución permanente. De acuerdo con Ernest Mandel,

la teoría de la revolución permanente, bajo su forma definitivamente generalizada por Trotsky en 1928, es el producto de cuatro revoluciones principales de la época contemporánea: la gran revolución francesa de 1789, la revolución de 1848, la revolución rusa y la revolución china.<sup>14</sup>

13 Tesis generales sobre la cuestión de Oriente, en *Tesis, Manifiestos y Resoluciones adoptados por los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista (1919-1923)*, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/comintern/eis/4-Primeros3-Inter-2-edic.pdf>

14 Mandel, E. (1983): *Trotsky: teoría y práctica de la revolución permanente*, p. 19, Siglo XXI editores: México.

La teoría pasa ahora a abarcar tres aspectos. El primero, nos habla de la relación entre la revolución democrática y la transformación socialista de la sociedad en las colonias, semi colonias y países de desarrollo burgués retrasado. Según Trotsky, la teoría de la revolución permanente había demostrado que los objetivos democráticos de las naciones burguesas atrasadas conducían, en nuestra época, a la dictadura del proletariado, y esta ponía a la orden del día las reivindicaciones socialistas. Para el fundador del Ejército Rojo, en esto “consistía la idea central de la teoría”:

Si la opinión tradicional sostenía que el camino de la dictadura del proletariado pasaba por un prolongado período de democracia, la teoría de la revolución permanente venía a proclamar que, en los países atrasados, el camino de la democracia pasaba por la dictadura del proletariado. Con ello, la democracia dejaba de ser un régimen de valor intrínseco para varias décadas y se convertía en el preludio inmediato de la revolución socialista, unidas ambas por un nexo continuo. Entre la revolución democrática y la transformación socialista de la sociedad se establecía, por lo tanto, un ritmo revolucionario permanente.<sup>15</sup>

Como sintetiza en la segunda de las tesis en las que sintetiza la nueva formulación de la teoría:

Con respecto a los países de desarrollo burgués retrasado, y en particular de los coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa que la resolución íntegra y efectiva de sus fines democráticos y de su emancipación nacional tan sólo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado, empuñando éste el poder como caudillo de la nación oprimida y, ante todo, de sus masas campesinas.<sup>16</sup>

¿Esto significaba que el proletariado podía lograr este objetivo por sí solo y que Trotsky subestimaba la importancia de la alianza de la clase obrera con el campesinado? De ninguna manera. No solo Trotsky afirma que el proletariado debía transformarse en caudillo de la nación oprimida, y en

<sup>15</sup> Trotsky, L. (2000); op. cit., pp. 417-418.

<sup>16</sup> Trotsky, L. (2000); Op. cit. p. 519.





especial de las masas campesinas, sino que considera que sin esta alianza revolucionaria ni siquiera cabe plantarse seriamente la consecución de los fines de la revolución democrática:

El problema agrario, y con él el problema nacional, asignan a los campesinos, que constituyen la mayoría aplastante de la población de los países atrasados, un puesto excepcional en la revolución democrática. Sin la alianza del proletariado con los campesinos, los fines de la revolución democrática no sólo no pueden realizarse, sino que ni siquiera cabe plantearlos seriamente. Sin embargo, la alianza de estas dos clases no es factible más que luchando irreconciliablemente contra la influencia de la burguesía liberal-nacional.<sup>17</sup>

Esta lucha contra la burguesía liberal-nacional solo puede darse si el proletariado es dirigido por un partido de su vanguardia revolucionaria que le permita ganar el liderazgo de las masas campesinas, lo opuesto de lo que había ocurrido en China, donde los comunistas se habían disuelto en el partido de la burguesía nacional, el Kuomintang, lo cual había provocado su derrota.

En este aspecto la teoría de la revolución permanente se opone a la concepción de la “revolución por etapas” sostenida por el stalinismo que, a contra mano de las lecciones del octubre ruso, establecía una distinción mecánica entre países “maduros” (los países capitalistas avanzados) e “inmaduros” (el resto del mundo) para el triunfo de la dictadura del proletariado. De esto se deducía una orientación de alianza subordinada del proletariado con sectores de la burguesía “nacional”, “democrática”, “anti oligárquica”, “anti imperialista”, una política muy similar a la que tuvieron en su momento los mencheviques rusos.

Un segundo aspecto caracteriza a la “revolución socialista como tal”. Nos habla de las transformaciones del conjunto de las relaciones sociales una vez que el proletariado se hace del poder, proceso que se produce a lo largo de un período de duración indefinida y de una lucha interna constante:

---

<sup>17</sup> Trotsky, L. (2000); Op. cit. p. 519.

La sociedad sufre un proceso de metamorfosis. Y en este proceso de transformación cada nueva etapa es consecuencia directa de la anterior. Este proceso conserva forzosamente un carácter político, o lo que es lo mismo, se desenvuelve a través del choque de los distintos grupos de la sociedad en transformación. A las explosiones de la guerra civil y de las guerras exteriores suceden los períodos de reformas ‘pacíficas’. Las revoluciones de la economía, de la técnica, de la ciencia, de la familia, de las costumbres, se desenvuelven en una compleja acción recíproca que no permite a la sociedad alcanzar el equilibrio.<sup>18</sup>



Los primeros años de la revolución rusa fueron expresión extraordinaria de procesos de este tipo, que luego fueron bloqueados para retroceder y ser negado en distintos campos con el triunfo del proceso de burocratización. Ejemplos claros, entre otros, son los cambios en la política hacia la mujer<sup>19</sup> o en el terreno artístico, con la sacralización del “realismo socialista” que hizo el stalinismo.

El tercer aspecto de la teoría de la revolución permanente nos remite al carácter internacional de la revolución socialista. Se basa en la dimensión mundial de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del alcance mundial de la lucha de clases, propias del capitalismo. El internacionalismo no es para los marxistas un principio abstracto sino expresión teórica y política del carácter “histórico universal” del modo de producción capitalista. Por ello, la revolución socialista empieza dentro de las fronteras nacionales pero no puede contenerse en ellas. La existencia de la revolución proletaria dentro de un territorio nacional no puede ser más que un régimen transitorio, aunque de duración prolongada, como lo demostró la experiencia de la Unión Soviética. Sin embargo, para Trotsky,

---

18 Trotsky, L. (2000); Op. Cit., p. 418

19 Este aspecto está excelentemente demostrado en el libro de Goldman, W. (2010); *La Mujer, El Estado y la Revolución*, Ediciones IPS, Buenos Aires.



con la existencia de una dictadura proletaria aislada, las contradicciones interiores y exteriores crecen paralelamente a los éxitos. De continuar aislado, el Estado proletario caería, más tarde o más temprano, víctima de dichas contradicciones. Su salvación está únicamente en hacer que triunfe el proletariado en los países más progresivos. Considerada desde este punto de vista, la revolución socialista implantada en un país no es un fin en sí, sino únicamente un eslabón de la cadena internacional. La revolución internacional representa de suyo, pese a todos los reflujos temporales, un proceso permanente.<sup>20</sup>

Así, si bien la revolución proletaria puede en ciertas circunstancias triunfar primero en un país atrasado que en los países capitalistas dominantes no ocurre lo mismo con la consumación de la sociedad socialista, que depende del grado de desarrollo de las fuerzas productivas y, por lo tanto, del triunfo de la revolución socialista a escala internacional. Como afirman las Tesis fundamentales con las que culmina el libro *La revolución permanente: “La revolución socialista empieza en la palestra nacional, se desarrolla en la internacional y llega a su término y remate en la mundial”*.<sup>21</sup>

Esta última cuestión se opone a la idea desarrollada por Stalin a partir de 1924 de que, por sus características excepcionales, en la Unión Soviética era posible construir el “socialismo en un solo país”. De hecho, bajo el stalinismo se va produciendo un desplazamiento progresivo en la concepción marxista del socialismo. Para Marx (que desde un principio definió al comunismo como un “sistema histórico universal”) y sus seguidores había una clara distinción entre la dictadura del proletariado y el advenimiento de la sociedad socialista o comunista. La primera expresaba el régimen de transición que surgía luego de la victoria de la revolución proletaria. Daba cuenta de un nuevo tipo de estado, donde la mayoría explotada imponía su poder sobre la minoría explotadora. El proletariado en el poder comenzaría una serie de transformaciones de tipo socialista que avanzarían progresivamente, con distintos ritmos según las características de la economía y la lucha de clases de

<sup>20</sup> Trotsky, L. (2000); op. cit., p. 418.

<sup>21</sup> Trotsky, L. (2000); op. cit., p. 521



cada país, hacia la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio y la planificación democrática de la economía. Pero el hecho de que la dictadura del proletariado pudiera ser sustituida por una sociedad plenamente socialista, es decir, sin clases, sin estado y sin mercado, dependía del desarrollo internacional de la revolución socialista, de su victoria en los países capitalistas dominantes, que controlan las principales fuerzas productivas del planeta. Como señala Mandel, quienes defendían

la teoría de la posibilidad de perfeccionar la construcción del socialismo en un solo país fueron llevados por la fuerza de las circunstancias a modificar progresivamente la propia definición de socialismo. De una sociedad sin clases y sin producción mercantil ni economía monetaria, es decir, sin asalariado y sin estado, se transformó imperceptiblemente en sociedad sin propiedad privada de los medios de producción. Cuando Stalin proclamó en 1935-1936 que el socialismo había triunfado definitivamente en la URSS, esto es lo que quería decir: la propiedad privada de los medios de producción ha sido completamente eliminada.<sup>22</sup>

La distinción entre dictadura o estado proletario y socialismo surge además del hecho de la falta de sincronía entre el carácter internacional de las fuerzas productivas y la dominación de la burguesía mediante un sistema de estados nacionales. El poder no puede tomarse “globalmente” ni en forma sincronizada, como se pretendió caricaturizar al planteo de Trotsky. La revolución proletaria no es otra cosa que el punto más álgido de la lucha de clases que, como decía Marx, es internacional en su contenido pero nacional en su forma. Esto era así en época de Trotsky y también lo es en la actualidad, a pesar de lo que pretendieron afirmar los teóricos de la “globalización”, tanto de derecha como de izquierda. La caída de la Unión Soviética en 1991, las guerras y el desmembramiento de Yugoslavia y la restauración capitalista en los países de Europa del Este, China y Vietnam expresaron con claridad la razón que asistía a Trotsky en cuanto a la imposibilidad de la construcción del socialismo en un solo país o, incluso, una serie de países, sin terminar con la dominación del imperialismo a nivel mundial.

---

<sup>22</sup> Mandel, E. (1983); Op. Cit., p. 26.





## Trotsky y la crítica al marxismo de Theda Skocpol

En la Introducción de su clásico trabajo *Los estados y las revoluciones sociales* la socióloga y cientista política estadounidense Theda Skocpol fundamenta lo que ella denomina “perspectiva estructural” del análisis de las revoluciones sociales a partir de ciertas características comunes equivocadas que compartirían el conjunto de lo que denomina “familias de teorías socio-científicas” de las revoluciones. Entre ellas, junto con el marxismo, agrupa a las teorías del “agregado psicológico”, las del “consenso de sistemas de valores” y las del “conflicto político”. Las primeras se caracterizan por los móviles psicológicos de la gente para dedicarse a la violencia política o para unirse a los movimientos de oposición. Las segundas aspiran a explicar las revoluciones como respuestas violentas de movimientos ideológicos a graves desequilibrios de los sistemas sociales. En las terceras, el conflictos entre los gobiernos y los diversos grupos organizados que luchan por el poder deben colocarse en el centro de la atención para explicar la violencia colectiva y las revoluciones.

Para Skocpol las revoluciones sociales son

transformaciones rápidas y fundamentales de la situación de una sociedad y de sus estructuras de clase; van acompañadas, y en parte son llevadas por las revueltas, basadas en las clases, iniciadas desde abajo. Las revoluciones sociales se encuentran aparte en las otras clases de conflictos y procesos transformativos, ante todo, por la combinación de dos coincidencias: la coincidencia del cambio estructural de la sociedad con un levantamiento de clases, y la coincidencia de la transformación política con la social.<sup>23</sup>

Se diferencian así de las rebeliones que, aun triunfantes, incluyen la revuelta de las clases subordinadas pero no el cambio estructural y de las revoluciones políticas que transforman las estructuras de Estado pero no son producto necesariamente de conflictos de clase. Y también de los procesos de

<sup>23</sup> Skocpol, T. (1984); *Los estados y las revoluciones sociales*, p. 21, Fondo de Cultura Económica, México.

industrialización que pueden transformar las estructuras sociales sin necesariamente producir ni resultar de cambios políticos súbitos ni de cambios político-estructurales centrales. Para la autora lo que es exclusivo de las revoluciones sociales es que los cambios básicos de la estructura social y de la estructura política ocurren unidos, de manera que se refuerzan unos a otros. Y que estos cambios ocurren mediante intensos conflictos sociopolíticos, en los que las luchas de clase desempeñan un papel primordial. En este sentido, el concepto utilizado por Skocpol de revolución social nos remite a una serie muy circunscripta de procesos históricos complejos que, además, solo pueden ser definidos retrospectivamente, es decir, una vez que se ha producido el proceso de transformación estructural.

Skocpol considera que el conjunto de las teorías sociocientíficas de la revolución, incluyendo el marxismo, no son adecuadas para explicar las revoluciones sociales. Plantea que las revoluciones sociales deben analizarse

desde una perspectiva estructural, prestando especial atención a los contextos internacionales y a los acontecimientos, en el interior y en el exterior, que afectan al desplome de las organizaciones de Estado de los antiguos regímenes y la construcción de nuevas organizaciones de Estado revolucionarios.<sup>24</sup>

A su vez, sostiene que el análisis comparativo sería la forma más apropiada para desarrollar explicaciones de las revoluciones que, al mismo tiempo, estén enraizadas en la historia y sean generalizables, más allá de casos aislados.

Es conocido el trabajo de Michael Burawoy<sup>25</sup> donde realiza una comparación entre el método de Skocpol y el empleado por Trotsky para dar cuenta de la revolución rusa. Este análisis le sirve de base para una reflexión más general sobre el método científico, mostrando la ventaja de lo que Lakatos

---

24 Skocpol, T. (1984); Op. Cit., p. 23

25 Burawoy, M. (1997); *Dos métodos en pos de la ciencia: Skocpol versus Trotsky*, en Zona Abierta 80/81, Madrid.





llamó “programas de investigación” (donde la obra de Trotsky se inscribiría en el “programa de investigación más general del marxismo) sobre el método inductivo (del que la comparación por medio del “acuerdo y la diferencia” empleado por Skocpol sería ejemplo). En nuestro caso lo que queremos señalar es cómo los elementos que plantea Trotsky para formular la teoría de la revolución permanente en *Resultados y Perspectivas*, o su explicación de la victoria del poder de los soviets en octubre de 1917 en *Historia de la Revolución Rusa*, muestran la inconsistencia de las críticas al marxismo realizadas por Skocpol. Para ella la explicación marxista de las revoluciones se caracterizaría, al igual que las otras teorías sociocientíficas de la revolución, por la falta de una perspectiva estructural -cayendo en una interpretación subjetivista-, por la ausencia de una contextualización internacional de los procesos revolucionarios, y por una tendencia a disolver la especificidad del estado en la sociedad.

En lo que hace a la falta de una “perspectiva estructural” para Skocpol

es evidente que también el marxismo se adhiere a una versión de la premisa de que las revoluciones son creadas por movimientos intencionados; pues los marxistas aunque a través de largas luchas preparatorias, de ‘clase por sí misma’ organizada y consciente, como la condición intermedia necesaria para el desarrollo de una triunfal transformación revolucionaria, parten de las contradicciones de un modo de producción. Más aún: muchos de los acontecimientos teóricos dentro del marxismo, desde Marx, han acentuado desproporcionadamente los elementos más voluntaristas inherentes a la original teoría marxista de las revoluciones. Desde luego, esto no pudo decirse de la mayoría de los teóricos de la Segunda Internacional. Pero la insistencia en el voluntarismo sí ha sido característica del leninismo y del maoísmo, con su hincapié en la función del partido de vanguardia en la organización de la ‘voluntad del proletariado’. Y también ha sido característico de aquellos marxistas occidentales que, como Lukács y Gramsci, sostienen la importancia de la conciencia de clase o hegemonía para traducir las contradicciones económicas objetivas en verdaderas revoluciones.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Skocpol, T. (1984); Op. Cit., pp. 38 y 39.

Así atribuye al marxismo una concepción basada en una explicación de las revoluciones a partir de las “intenciones” de los revolucionarios. Pero en realidad Skocpol, a la vez que establece una diferenciación metafísica entre factores objetivos y subjetivos, no comprende la diferencia que se establece en la teoría marxista entre el desarrollo de una situación pre revolucionaria o revolucionaria, que obedece predominantemente a contradicciones estructurales del sistema y no a la agitación o voluntad política de los revolucionarios (“movimientos ideológicos intencionados”), de la existencia de un resultado revolucionario, donde la capacidad de acción política de los revolucionarios es decisiva. Con solo dar una leída a *Resultados y Perspectivas* puede verse cómo para Trotsky el papel revolucionario del proletariado ruso en 1905 –que va repetirse en 1917- deviene de las condiciones estructurales específicas del desarrollo histórico de la formación social rusa de comienzos del siglo XX, y no fundamentalmente de la acción de la socialdemocracia rusa, aunque esta obviamente juegue un papel. Baste recordar que en el “domingo sangriento” del 9 de enero de 1905 que dio inicio al período revolucionario los obreros manifestaron conducidos por el pope Gapon y no por los bolcheviques. A su vez, en *Historia de la Revolución Rusa* puede verse con claridad cómo la acción de la organización bolchevique no es central como causa eficiente e inmediata de la revolución de febrero (una situación y una crisis revolucionarias) pero sí lo es en cambio para explicar la conquista del poder por los soviets en octubre de 1917 (el resultado revolucionario).

Skocpol cita aprobatoriamente a Wendel Phillips, en lo que hace a las causas de las revoluciones sociales históricas, cuando este afirma: “Las revoluciones no se hacen; ellas solas vienen”. Pero lo cierto es que si esa definición, en cierto sentido, podría aplicarse para dar cuenta del surgimiento de situaciones revolucionarias, de ninguna manera explica los resultados, triunfos o derrotas, de los procesos revolucionarios. Sin la acción del bolchevismo, y sin el rol particular de Lenin en reorientar su intervención a







partir de abril de 1917, difícil concluir que la revolución de octubre “hubiese venido”. Si simplemente fuesen circunstancias estructurales las que explican el triunfo o la derrota de las revoluciones sociales desaparecería la política como factor explicativo y estaríamos condenados al fatalismo histórico.

En segundo lugar, Skocpol plantea la crítica al marxismo y al conjunto de las teorías de la revolución de no dar importancia al contexto internacional y a la historia universal. Al respecto señala:

Si la perspectiva estructural significa el enfoque de las relaciones, éste ha de incluir las relaciones transnacionales, así como las relaciones entre grupos distintamente situados dentro de determinados países. Las relaciones transnacionales han contribuido al surgimiento de todas las crisis sociorrevolucionarias e invariablemente han ayudado a formular las luchas revolucionarias y sus resultados. En realidad, todas las modernas revoluciones sociales deben considerarse como cercanamente relacionadas, en sus causas y realizaciones, con la difusión, internacionalmente desigual, del desarrollo económico capitalista y de la formación de naciones-Estados en la escala mundial. Por desgracia, las teorías actuales de la revolución no han tomado explícitamente esta perspectiva. Desde luego, han sugerido que las revoluciones están relacionadas con la ‘modernización’; pero eso ha entrañado un enfoque casi exclusivo en las tendencias y en los conflictos socioeconómicos dentro de las sociedades nacionales, tomadas una por una y aisladamente.<sup>27</sup>

Esta crítica sin duda es pertinente en lo que hace a las teorías basadas en alguna variante del estructural funcionalismo, que toman como unidad de análisis el estado nacional. ¿Pero cómo justificarla en lo que hace al marxismo? En los textos de Trotsky que mencionamos el desarrollo capitalista de Rusia es inescindible de la acción del capital imperialista extranjero y las crisis revolucionarias de 1905 y de 1917 inseparables de las guerras emprendidas por el estado zarista, la ruso-japonesa primero y la Primera Guerra Mundial después. Es claramente una crítica insostenible al marxismo en general y, más aún, a Trotsky en particular.

<sup>27</sup> Skocpol, T. (1984); Op. Cit., p. 44

Por último, la socióloga estadounidense cuestiona que no se tenga tampoco en cuenta “la autonomía potencial del Estado” como factor explicativo.

Según su punto de vista las teorías predominantes presuponen que

las estructuras políticas y las luchas de alguna manera pueden reducirse (al menos ‘en última instancia’) a fuerzas y conflictos socioeconómicos. El Estado es considerado exclusivamente con una arena, en la cual se entablan los conflictos por los intereses sociales y económicos básicos. Lo que le da el carácter especial al Estado como arena política es, sencillamente, que los actores que operan allí recurren a medios distintivos para desencadenar los conflictos sociales y económicos, medios tales como coacción o lemas que apelan al bien común. Esta manera general de pensar el Estado es, en realidad, común a las variedades liberal y marxista de la teoría social. Entre estas dos extensas tradiciones de la teoría social, la diferencia decisiva de opinión es sobre qué medios encarna claramente la arena política: una autoridad legítima fundamentalmente basada en el consenso, o una dominación fundamentalmente coactiva. Y esta diferencia corre paralela a las distintas opiniones acerca de las bases del orden social que mantiene cada tradición teórica.<sup>28</sup>

De esto se derivaría el hecho de que, para el marxismo

el Estado, como tal, es considerado un rasgo de todos los modos de producción divididos en clases; e invariablemente, la única e inevitable función necesaria del Estado –por definición– es contener el conflicto de clase y emprender otras medidas políticas en apoyo del predominio de la clase (clases) que se apropian del excedente y detentan la propiedad.<sup>29</sup>

De ahí que según Skocpol ni el marxismo clásico ni la teoría del conflicto político planteada por Tilly considerarían tratar al Estado como estructura autónoma, con una lógica e intereses propios que no podrían fundirse con los intereses de la clase dominante o con todo el grupo de miembros de la política. Por ello, para estas teorías sería virtualmente imposible plantear siquiera la

---

28 Skocpol, T. (1984); Op. Cit., p. 54

29 Skocpol, T. (1984); Op. Cit., p. 56





posibilidad de que los conflictos o intereses fundamentales puedan surgir entre la clase existente o conjunto de grupos dominantes, por una parte, y los dirigentes del Estado, por la otra. Señala esto a pesar de que da cuenta de los debates acontecidos en el marxismo sobre la “autonomía relativa del estado”.

Más allá de los distintos puntos de vista, según su apreciación

virtualmente todos los marxistas continúan, simplemente, suponiendo que las formas y actividades del Estado varían de acuerdo con los medios de producción, y que los dirigentes del Estado no pueden actuar contra los intereses básicos de una clase dominante. El resultado es que casi nadie cuestiona aún esta versión marxista de la duradera tendencia sociológica de absorber el Estado dentro de la sociedad.<sup>30</sup>

En contraposición con esto ella considera que el Estado es,

fundamentalmente bifacético, como Jano, con un arraigo intrínsecamente doble en las estructuras socioeconómicas divididas por clase y en un sistema internacional de Estados. Si nuestro objetivo es comprender el desplome y la edificación de las organizaciones de Estado en las revoluciones, habremos de ver no solo las actividades de los grupos sociales sino que también habremos de enfocar los puntos de intersección entre las condiciones y presiones internacionales, por una parte, y las economías estructuradas en las clases y en los intereses organizados políticamente, por la otra. Los funcionarios ejecutivos del Estado y sus seguidores aparecerán maniobrando con objeto de obtener recursos y construir organizaciones administrativas y coactivas precisamente en estas intersecciones.<sup>31</sup>

En esta crítica se mezclan dos cuestiones. Por un lado, su análisis del punto de vista marxista es superficial. Desde ya que la concepción marxista del Estado se caracteriza por postular, en primer lugar, el carácter de clase del aparato estatal. Todo modo de producción ha dado un tipo de Estado adecuado a una forma específica de dominación que ha tenido cada clase

30 Skocpol, T. (1984); Op. Cit., pp. 59 y 60

31 Skocpol, T. (1984); Op. Cit., p. 65

históricamente dominante. Desde sus textos de juventud, como *La cuestión judía* o la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, Marx desnudó el fetichismo jurídico del estado y el derecho burgués, demostrando cómo la igualdad formal jugaba el papel de encubrir y preservar la desigualdad real del capitalismo y el carácter de clase del Estado. Pero esto no significa que haya una identidad inmediata entre quienes ocupan ese aparato estatal y las distintas fracciones de la clase dominante o que, en ciertas circunstancias, el estado tienda a no expresar directamente a ninguna fracción dominante en particular. Los regímenes “bonapartistas” o “cesaristas” tienden, por ejemplo, a expresar estas situaciones. Marx también señaló el caso específico del estado de tipo absolutista, que a su entender (algo discutido por otros marxistas) no expresaba directamente ni a los señores feudales en retroceso ni a la burguesía en ascenso. En el caso ruso el papel que juega el estado zarista es clave para entender las limitaciones que tuvo el desarrollo endógeno de la burguesía, ya que la hipertrofia del aparato estatal de la autocracia lo llevaba a capturar gran parte del excedente social. Trotsky, a su vez, va a desarrollar una teoría de la burocratización del estado obrero a partir de la consolidación de Stalin en el poder que plantea una contradicción entre la dominación económica y social del proletariado (al eliminar la propiedad privada de los medios de producción y reemplazarla por la propiedad nacionalizada) y la dominación política de la burocracia. Esta contradicción es la base del programa de lo que llamó “revolución política”. Por ende es evidente que Skocpol, tributaria de una concepción weberiana del Estado según ella misma afirma, confunde los distintos planos de análisis en que trabaja la teoría marxista para intentar equipararla a la visión liberal o funcionalista, donde se disuelven las diferencias entre sociedad y estado.





## La revolución permanente después de Trotsky

Mirado de conjunto, no caben dudas de que el siglo XX, aún con el período de relativa estabilidad lograda en los centros del capitalismo mundial luego de la Segunda Guerra Mundial, estuvo preñado de “crisis, guerras y revoluciones”, tal como Lenin había señalado como característica de la fase imperialista del capitalismo. Las crisis, las guerras, las revoluciones y las contrarrevoluciones se hicieron presentes en los cinco continentes. El capital fue expropiado en países que sumados a la Unión Soviética abarcaban un tercio del planeta. Estos procesos tuvieron lugar en particular a la salida de la Segunda Guerra Mundial, cuando una oleada de procesos revolucionarios atravesó Europa y Asia, antes de que Estados Unidos y la Unión Soviética lograran consolidar el nuevo orden geopolítico “bipolar” pactado en los acuerdos de Yalta y Potsdam, donde se establecieron las zonas de influencia respectiva para las potencias vencedoras. Esquemáticamente, podemos decir que esta expropiación fue producto de dos tipos de fenómenos. Por un lado de procesos realizados “desde arriba”, ocurridos en los países de Europa del Este que habían sido ocupados y liberados del nazismo por el Ejército Rojo. Una suerte de “revoluciones pasivas proletarias”, si se nos concede una utilización *sui generis* del concepto acuñado por Gramsci que aludía en primer lugar al tránsito de feudalismo al capitalismo ocurrido “desde arriba” en Alemania, Italia y Japón en contraposición a los procesos de revoluciones burguesas que tuvieron lugar en los Países Bajos, Inglaterra y Francia. En Yalta se había acordado que los países de Europa Oriental quedarían bajo la égida de la Unión Soviética como una suerte de “zona de amortiguación” o “glacis” ante los países de Europa Occidental y que la influencia sobre territorio alemán se daría en función de donde llegase cada ejército. En cambio, Stalin se había comprometido a que los partidos comunistas no lucharían por adueñarse del poder en Occidente sino que acompañarían la reconstrucción capitalistas de los diferentes estados. En particular, jugaron ese rol nefasto en países como Francia, Italia y Grecia, donde el stalinismo tuvo un papel central para bloquear



los procesos revolucionarios en curso. Cuando en 1948 ante el desenlace revolucionario que se avecinaba en China EE.UU. implementa la doctrina de la “contención” y lanza la Guerra Fría expulsando a los ministros comunistas de los gobiernos de Francia e Italia, la Unión Soviética reacciona impulsando la expropiación de la burguesía “desde arriba” en los países de Europa Oriental donde tenía influencia decisiva. Pero junto a estos procesos de expropiación “en frío” tuvieron también lugar una serie de procesos revolucionarios, donde las direcciones que los encabezaron fueron más allá de los programas de colaboración de clases que las caracterizaban y avanzaron hacia la expropiación de la burguesía. Ejemplos de eso fueron la revolución yugoeslava, la victoria de la revolución china en 1949, el proceso en Corea del Norte y, en cierta medida, el proceso albanés. En ambos casos, a partir de la expropiación de la burguesía y la nacionalización de los principales medios de producción, la banca y el comercio exterior, lo que surgieron fueron nuevos estados obreros burocráticamente deformados.

Las condiciones excepcionales creadas por el fin de la Segunda Guerra Mundial posibilitaron que aún se fuese más allá de la hipótesis improbable que Trotsky había planteado en el Programa de Transición:

¿Es posible la creación del gobierno obrero y campesino por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia del pasado demuestra (...) que esto es por lo menos poco probable. No obstante no es posible negar categóricamente a priori la posibilidad teórica de que bajo la influencia de una combinación de circunstancias muy excepcionales (guerra, derrota, crack financiero, ofensiva revolucionaria de las masas, etc.) partidos pequeñoburgueses, incluyendo a los stalinistas, puedan llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de una ruptura con la burguesía. En todo caso, algo es indudable: si esta variante, poco probable, llegara a realizarse en alguna parte y un ‘gobierno obrero y campesino’ (...) llegara a constituirse, no representaría más que un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado.<sup>32</sup>

32 Trotsky, L. (2008); *El Programa de Transición y la fundación de la IV Internacional*, p. 92, CEIP “León Trotsky” y Ediciones del IPS, Buenos Aires.





Si bien esto no aconteció en los países donde la clase obrera tenía centralidad en la lucha de clases, en los procesos revolucionarios que mencionamos “circunstancias muy excepcionales” permitieron que partidos comunistas stalinizados, de base principalmente campesina, fueran no solo más allá de sus programas en la ruptura con la burguesía sino que avanzaran en la abolición de la propiedad burguesa. En este sentido en estos países (y luego ocurriría lo mismo en Cuba y en Vietnam, Laos y Camboya) se materializaba, a su manera, el primer aspecto de la teoría de la revolución permanente. Sin embargo, al estar las masas de estos países encuadradas dentro de partidos-ejército y ser su base predominantemente campesina, impusieron casi desde el inicio regímenes burocratizados de partido único que tomaban como modelo el imperante entonces en la Unión Soviética. A su vez, concibieron como propia la idea de que era posible la construcción del “socialismo en un solo país”, algo común tanto a los países que actuaban subordinados en un todo al Kremlin como en los que tuvieron roces o aún enfrentamientos abiertos con Moscú. En este sentido, en su segundo y tercer aspecto el carácter permanente de estos procesos no se materializó. La libertad y creatividad en todos los aspectos de la cultura y la vida social que mostró la revolución rusa en sus primeros años no volvió a repetirse en estos procesos. Cada país hizo gala de su propio “mesianismo nacional”. Como señala Mandel:

Quando Rusia dejó de ser el único país en que el capitalismo había sido derribado, ese ‘mesianismo nacionalista’ iba a reproducirse internacionalmente en dos, tres o cuatro casos diferentes (Yugoslavia, China, Vietnam, Albania), actuando cada dirección comunista de manera cada vez más cínica, incluso aliándose con potencias capitalistas, y aún imperialistas, para servir a los intereses de ‘su’ bastión, contra los intereses de la revolución en otros países: política de Stalin en España y Francia 1935-1938, después en la India, 1942-1943, y al final de la segunda guerra mundial en Europa occidental y en China; apoyo de Yugoslavia a la intervención norteamericana en Corea; apoyo de la URSS a la India capitalista contra China; alianza de hecho de China con los gobiernos capitalistas de Asia y Estados Unidos contra la URSS; invasión de Camboya por Vietnam, y después de Vietnam por China; posición de Albania en relación con Yugoslavia y la URSS, etcétera.<sup>33</sup>

---

<sup>33</sup> Mandel, E. (1983); Op.Cit., p. 28.

Por no mencionar la acción directa de los tanques soviéticos para enfrentar los procesos de revolución política en Alemania Oriental (1953), Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968).

Así, al no estar encabezadas por direcciones que se basaran en la democracia proletaria ni tuvieran una estrategia internacionalista de conjunto, como la que expresó la Internacional Comunista previa a su stalinización, estas victorias revolucionarias pudieron ser asimiladas por el sistema imperialista que lanzó su contraofensiva conocida con el nombre de “neoliberalismo” a comienzos de la década de 1980. Un proceso de ofensiva del capital contra el trabajo en todos los terrenos, que luego se vio reforzado por el triunfo de la restauración capitalista, por distintos medios, en la Unión Soviética, los países de Europa del Este, Yugoslavia y China.

### A modo de conclusión

A pesar del tiempo transcurrido, ¿mantiene vigencia la teoría de la revolución permanente? ¿O luego de la caída del stalinismo y de la crisis de los partidos comunistas nos habla meramente de debates del pasado? La relevancia del primer aspecto de la teoría puede revalorizarse al calor de la experiencia de varios países latinoamericanos en la primera década y media del siglo XXI. Producto de una combinación de factores (crisis de las experiencias neoliberales que llevaron en el cambio de siglo a procesos de rebelión popular en varios países; concentración de EE.UU. en las guerras de Irak y Afganistán; ciclo económico favorable por el alza de los precios de las materias primas) se produjo un cambio del personal político gobernante en varios países de América Latina, dando lugar a un abanico de gobiernos “populistas”, “progresistas” o de “centro izquierda”. En algunos de ellos como forma de contención de procesos de rebelión popular (Venezuela, Argentina, Bolivia, Ecuador), en otros de manera preventiva (Brasil y Uruguay), para evitar





su desarrollo. Allí parte muy importante de la izquierda latinoamericana se ubicó como parte de partidos y movimientos donde el proletariado y/o el campesinado actuaban subordinados a sectores de las burguesías nacionales, en un arco que va desde gobiernos de centroizquierda muy moderados, que en nada confrontaron la dominación del capital financiero aunque favorecieron el crecimiento de sus propias burguesías (como Brasil), hasta quienes tuvieron más enfrentamientos con el imperialismo y las oligarquías locales y postularon estar construyendo un “socialismo del siglo XXI” (Venezuela). Pero más allá de la retórica e incluso del dictado de nuevas constituciones (Venezuela, Bolivia y Ecuador) en ninguno de estos casos la burguesía fue expropiada y los trabajadores se hicieron del poder. Las estructuras económicas de los diversos países no sufrieron transformaciones de envergadura.

La misma Venezuela no superó su dependencia de la renta petrolera: 96 de cada 100 dólares que ingresan al país se deben a las exportaciones de petróleo. Cuando los precios de las materias primas empezaron un ciclo a la baja estos gobiernos entraron en crisis, cuestión sobre la que se montó la contraofensiva de las derechas nuevas y tradicionales (con el apoyo del gran capital nacional y extranjero y el aval de los grandes grupos mediáticos) en distintos países, con “golpe institucional” incluido en el caso de Brasil. En este sentido la necesidad de que la clase trabajadora se proponga hegemonizar al conjunto de los sectores oprimidos y explotados de cada uno de nuestros países para llegar al poder es clave para poder terminar con la dependencia y el atraso, algo que proclamaron pero no realizaron los gobiernos “nacionales y populares”. Esta es una conclusión que podemos extender al conjunto de la periferia capitalista, donde el proletariado es hoy mucho más numeroso y socialmente fuerte de lo que era en tiempos de Trotsky, aunque es muy débil su nivel de organización independiente.

El segundo aspecto de la teoría es válido para cualquier país donde la clase obrera se haga del poder. Hoy la conquista del poder por los trabajadores debe incluir como parte de su programa no solo el fin de la explotación capitalista sino de toda forma de opresión (patriarcal, sexista, racista, nacional, etc.), y la crítica radical a la utilización irracional que hace el capitalismo de los recursos naturales, es decir, dar un contenido socialista a la crítica ecologista. La revolución tiene que servir en serio, como decían los surrealistas, para cambiar la vida. Y todos los planos: en la ciencia, el arte, las relaciones personales, la educación...

Por último, el tercer aspecto de la teoría, que nos habla del carácter internacional de la revolución es hoy prácticamente evidente por sí mismo, después del ciclo de internacionalización económica que acompañó la ofensiva neoliberal. Con unos pocos cientos de monopolios controlando el grueso de la producción mundial en base a fuerzas productivas que operan a una escala planetaria, el internacionalismo tiene más vigencia que nunca. Casi no quedan defensores de la tesis stalinista de que es posible construir el socialismo en las fronteras de un solo país, aunque esto no quiere decir que no se recreen en sectores de izquierda ilusiones soberanistas o nacionalistas de izquierda como contracara de quienes festejaron la “globalización” en clave neoliberal, como hicieron gran parte de los teóricos del llamado “autonomismo”, empezando por Antonio Negri. Esta vigencia del internacionalismo no significa sin embargo que haya sido superada la contradicción entre este carácter internacional de las fuerzas productivas y la forma nacional que adquiere la dominación política de la burguesía.

La revolución socialista del siglo XXI inevitablemente será un proceso que comenzará en el terreno nacional, se extenderá en el internacional y llegará a su término y remate con la liquidación del capitalismo y el imperialismo a escala planetaria. Proceso que, obviamente, no es inevitable pero sí una posibilidad histórica. Y una necesidad si queremos evitar el futuro de barbarie que el capitalismo nos depara.







## Bibliografía

AA.VV. *Tesis, Manifiestos y Resoluciones adoptados por los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista (1919-1923)*, [on line]

<https://www.marxists.org/espanol/comintern/eis/4-Primeros3-Inter-2-edic.pdf>

Burawoy, M. (1997). "Dos métodos en pos de la ciencia: Skocpol versus Trotsky". *Zona Abierta* 80/81, pp. 33-91. Madrid.

Day, R.; Gaido, D. (2009). *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*. Amsterdam: Brill.

Gaido, D. (2010). Los orígenes de la teoría de la revolución permanente: Nueva evidencia documental. *Herramienta web* N° 7 [on line]

<http://www.herramienta.com.ar/autores/gaido-daniel-fernando>

Goldman, W. (2010). *La Mujer, El Estado y la Revolución*. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Lenin, V.I. (1977) Las tareas del proletariado en la presente revolución. Obras completas, Tomo XXIV, pág. 436-441. Madrid: Akal Editores.

Löwy, M. (20 de octubre de 2017). Marx y la Revolución Francesa: la "poesía del pasado". *Viento Sur*, [on line] <http://vientosur.info/spip.php?article13124>

Mandel, E. (1983). *Trotsky: teoría y práctica de la revolución permanente*. México: Siglo XXI editores.

Marx, K. (1987). Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas. En Engels, F., Marx, K. *Obras Escogidas*, pag 154, Buenos Aires: Editorial Cartago, Tomo I.

Skocpol, T. (1984). *Los estados y las revoluciones sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.

Trotsky, L. (2000). La revolución permanente, en *La teoría de la revolución permanente* (compilación). Buenos Aires: CEIP León Trotsky.

\_\_\_\_\_ (2000). Resultados y Perspectivas, en *La teoría de la revolución permanente* (compilación). Buenos Aires: CEIP León Trotsky.

\_\_\_\_\_ (2000). Tres concepciones sobre la revolución rusa, en *La teoría de la revolución permanente* (compilación). Buenos Aires: CEIP León Trotsky.

\_\_\_\_\_ (2008). *El Programa de Transición y la fundación de la IV Internacional*. Buenos Aires: CEIP “León Trotsky” y Ediciones del IPS.

\_\_\_\_\_ (2017). *Historia de la Revolución Rusa*. Buenos Aires: Ediciones IPS.

